

ENSAYO SOBRE LA ARQUEOLOGIA BOLIVIANA

por

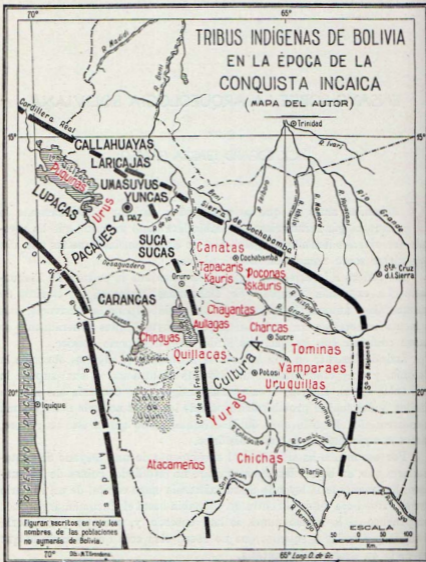
DICK EDGARD IBARRA GRASSO

YA mucho antes de que se empezara a estudiar científicamente la arqueología suramericana se había levantado un mito, que ha revelado ser extremadamente peligroso por las consecuencias funestas que aún hoy ejerce sobre numerosos investigadores.

Me refiero a la extensión que habría alcanzado la cultura de Tiahuanaco. La expresión "Imperio de Tiahuanaco" yace en los escritos de innumerables autores, la mayoría de los cuales supone la existencia, más o menos remota, de un poderoso imperio, cuyos límites generalmente se hacen coincidir con los que más tarde tuvo el Imperio Incaico.

Indudablemente en esto se nota la influencia de algunas obras de la Colonia, y muy especialmente del cronista Montesinos, el cual supone la existencia de un Imperio Incaico más antiguo, que ocuparía sus mismos límites, y del cual el protohistórico país de los Incas no sería más que una reconstrucción. Pero la obra de Montesinos, en lo que a éste se refiere, carece completamente de valor histórico.

Por eso mismo ha sido fácil el surgimiento de una pléyade de fantaseadores que, en base a las prácticamente no estudiadas ruinas de Tiahuanaco, ha levantado la leyenda de su existencia como capital de un Imperio que se extendería desde el centro de Colombia hasta el Tucumán argentino; las pruebas de lo mismo nunca se han buscado, y, por otra parte, sería absurdo pedírselas a aquellos que no hacen otra cosa que escribir lo que les dicta su desbordada fantasía.



Particularmente tratando del territorio andino boliviano, casi todo objeto arqueológico que hasta el momento se había encontrado en él, y que no perteneciera a la cultura incaica, era declarado automáticamente de origen tiahuanacota, por más que más de una vez las diferencias fueron tales que nada, absolutamente nada, autorizaba a ello.

En los dos años que me hallo estudiando arqueología boliviana, he encontrado que la casi totalidad de las regiones visitadas por mí nada tienen que hacer arqueológicamente con Tiahuanaco, y lo mismo pasa con las colecciones que he visto, tanto en los museos oficiales como particulares. En lo que respecta a esto último, la mayoría de las piezas proceden ciertamente de la cultura de Tiahuanaco y de la Incaica, pero cualquiera que se interese por las piezas provenientes de los otros departamentos de la República, advierte inmediatamente la enorme diferencia que hay entre ellas y Tiahuanaco y a la vez la que existe entre las que provienen de distintos lugares.

En las varias excavaciones que he hecho en distintos lugares del departamento de Potosí, el material hallado no tenía siquiera la más lejana hilación posible con Tiahuanaco, y ello tanto en los objetos hallados en las excavaciones como en la misma arquitectura de las ruinas encontradas o en la forma de los cementerios.

Exactamente lo mismo ocurre en los otros lugares que he visitado o he tenido noticias, en ocasiones con informes valiosos de los mismos que hicieron las excavaciones. Todo esto reduce enormemente la extensión de la cultura de Tiahuanaco, que no creo ocupase ni un quinto del total de los territorios andinos de Bolivia.

Las otras regiones se hallaban habitadas por diversos pueblos, algunos de los cuales hablaban la lengua kolla o aymara y los otros tenían diversas lenguas, como ser el puquina, el atacameño, el chicha, etc., completamente distintas tanto del kolla como del quichua. Por otra parte, conviene advertir que el quichua es una lengua alógena en Bolivia, y que fué esparcida recién con la conquista incaica y más tarde por obra de los misioneros católicos.

Entrando ahora a examinar más directamente la etnografía antigua de Bolivia, de acuerdo a los resultados de mis investigaciones hasta el momento, se encuentran dos corrientes culturales distintas por su zona

de penetración y por los elementos aportados, pero más o menos relacionados entre sí por su origen. Cada una de estas corrientes se compondría de pueblos de cultura totémica y matriarcal de la azada, más o menos mezclados entre sí, y enormemente elevados por la intromisión de elementos de la cultura señorial y de los Grandes Estados, lo cual habría dado como resultado un estado cultural equivalente al eneolítico de Europa.

Ello no implica, empero, que en las regiones andinas de Bolivia no hubiera habido antes pueblos de las culturas totémica o matriarcal de la azada; nada se opone a ello aunque tampoco nada lo propone, pero éste es un punto que hasta el momento permanece sin ningún estudio. De lo único que se puede responder ampliamente es de la existencia anterior de pueblos de raza y cultura fueguina, que habitaban las costas del Pacífico y la zona lacustre de la altiplanicie boliviana.

De las dos corrientes culturales citadas anteriormente, la primera tiene una neta procedencia centroamericana y se extiende por toda la costa del Perú entrando luego a la altiplanicie de Bolivia, de donde corre extensamente hacia el Norte argentino, lo mismo que por las costas de Chile. Lingüísticamente sólo puedo adjuntar a esta corriente la lengua yunga de la costa peruana al Norte de Lima, la cual en su numeración se caracteriza por la existencia de varias docenas de partículas numerativas, las cuales se sufijan a los numerales y sirven para contar las diversas cosas, que se hallan todas rigurosamente distribuidas en clases y que sólo con esas partículas se pueden contar. Esta característica es propia de las lenguas centroamericanas, entre las que el maya posee más de ochenta de estos numerativos, y es de indudable procedencia oceánica, ya que en Micronesia hay lenguas con las mismas características. Otro grupo con los mismos numerativos existe en la Columbia inglesa y también es de procedencia oceánica.

En los elementos materiales esta corriente aporta la fundición de los metales, la arquitectura en piedra, las deformaciones de la oreja, etc.; en la cerámica se caracterizaría por sus formas más variadas y la representación, en el mismo vaso, de figuras humanas y animales, y pintura sobre los mismos, con formas elevadas de representaciones naturales, por más que a veces estén fuertemente influenciadas por la forma geométrica.

La segunda corriente tiene su origen cultural en Colombia o en las culturas que hoy hallamos en Colombia, y que también son de procedencia centroamericana. Su camino de introducción a Bolivia es, siguiendo la zona oriental de la cordillera andina, las zonas bajas del Alto Amazonas; por la zona del departamento de La Paz se introduce en el Altiplano y recorriéndolo totalmente llega también a la región Noroeste argentina, Probablemente también tiene varias penetraciones en la zona de la cordillera peruana, dando origen así a los elementos amazónicos que se hallan en la sierra del Perú.

Esta corriente cultural no ha sido estudiada hasta el momento, que yo sepa, por ningún otro investigador. Los primeros indicios de ella fueron obtenidos por mí al estudiar las numeraciones de los pueblos del Alto Amazonas y del Norte de Bolivia, las cuales eran indiscutiblemente de origen colombiano, lo mismo que una importante característica de la fonética de estas lenguas, pero entonces creí que esta corriente colombiana se detenía al pie de la cordillera. Posteriormente fui encontrando en el Altiplano de Bolivia numerosos elementos culturales que no tuvieron explicación más que asignándolos a la misma corriente, y lo mismo, influencias lingüísticas colombianas en la kolla.

Las características de la numeración colombiana se manifiestan principalmente en la lengua leca del oriente boliviano, la cual forma los números siete, ocho y nueve, por medio de las frases "diez menos tres", "diez menos dos" y "diez menos uno", respectivamente. Esta forma numeral existe en Suramérica solamente en Colombia y es, por lo tanto, elemental asignarle tal origen. Este sistema, sin embargo, no se halla más que en unas pocas lenguas de esta corriente; en cambio, es más general la existencia de las clases numerales pero en número mucho más reducido que en Centroamérica; generalmente no pasan de dos, y sólo para los dos primeros numerales. Tal forma se encuentra inclusive en el aymara, que dice *maya* o *maa* para decir uno, y *paya* o *paa* para decir dos.

En cuanto a la característica fonética referida más arriba ella consiste en que la construcción de las sílabas de todas las palabras de la lengua, es sumamente simple, ya que sólo puede constar de dos elementos, una consonante y una vocal, siempre dispuestas en este orden y sin que exista nunca la forma invertida de vocal-consonante ni menos consonante-

vocal-consonante. Esta característica la poseen las lenguas: *huitoto* del oriente ecuatoriano y colombiano, el *caxinahua* del grupo pano, las lenguas *takana* del Norte de La Paz, etc., y ejerce una gran influencia en el aymara de modo de no permitirle consonantes finales; así, a las palabras quichuas adoptadas por el aymara se les añade siempre una vocal, por ejemplo: *cuntur* (cóndor) de la que hacen *cunturi*, *pachac* (cien) de la que hacen *pataca* (con más la transformación también común de la *ch* en *t*), y lo mismo ocurre con las palabras castellanas tomadas por el aymara: de Dios hacen *Diosa*, de papel *papela*, etc.

Lenguas de sílabas simples existen en Colombia, América Central, Centro y Sur de México (otomí, zapoteca (mixteca, chorotega, etc.) y la Florida (timukua). Para mí, todas estas lenguas son de un origen oceánico premalayo-polinesio y correspondientes a una cultura no mayor que la totémica, que elevada por influencias de las culturas del arco y señorial se traslada a América alcanzando una relativa importancia por su desarrollo. Su numeración original es bi-quinaria, o sea: *uno*, *dos*, *dos* y *uno* (3), *dos-dos* (4), *una mano* (5), *dos manos* (10), etc. En este estado se hallan la mayoría de las lenguas de la corriente colombiana y lo mismo el aymara o kolla si le sacamos las palabras numerales quichuas que tiene adoptadas, pues sólo le quedarían el uno, *maya*, el dos, *paya*, y el cuatro, *pusi*.

Resumiendo todo esto creo hallarme ante una corriente cultural comparable a la que llevó la cultura andina colombiana, a través de Venezuela y las Guayanas, hasta Marajó. Esta corriente tomó numerosos elementos amazónicos en su camino y luego los introdujo profundamente en la zona andina boliviana, y creo también que en la Sierra del Perú, cuyos investigadores insisten siempre en hablar de elementos culturales amazónicos en la base de las antiguas culturas de su país.

Los elementos culturales que traería esta corriente son numerosos y lo serán más cuando se los pueda separar mejor de los de la otra corriente. En la cerámica se caracteriza por las formas simplistas de los vasos, los cuales no presentan figuras humanas ni animales en su conformación; la pintura de ellos es igualmente sin representaciones naturalistas, dominada profundamente por las líneas geométricas. En una palabra, es una cerámica, más de tipo amazónico que andino.

De los otros elementos materiales traídos por esta corriente cabe mencionar, en primer lugar, la cerbatana, usada aún hoy por varios pueblos aymaras; creo que la deformación craneana occipital oblicua; el tembetá, que se encuentra hasta en las capas más profundas de Tiahuanaco, y que, a raíz de los estudios practicados allí por el señor Maks Portugal, ha sido asignado a esta corriente, en tanto que antes había sobre él la peregrina ocurrencia de que proviniese de restos de chiriguano llevados como esclavos a trabajar en Tiahuanaco. Esto está desmentido no sólo por su hallazgo en tumbas de personajes, sino también por el recientísimo contacto de los chiriguano con los pueblos andinos.

Otro elemento cultural importantísimo que creo que puede haber sido traído por esta corriente cultural es la escritura jeroglífica, redescubierta por mí, en uso actual en todo el altiplano de Bolivia, Norte argentino y gran parte del Perú; ella se halla íntimamente relacionada con la de los cunas de Panamá y, según informes, no confirmados hasta el momento, algunas tribus panos usarían escritos similares sobre cuero, y los tacanas los escritos en arcilla. Nada de esto último he podido confirmar hasta el momento, pero siempre es más creíble esta vía de entrada para la escritura que la de la costa del Pacífico, pues hasta el momento ningún escrito ha aparecido en las ruinas de la costa peruana ni hay noticias de la existencia actual de esta escritura en ella.

Otro elemento importante que parece haberse introducido por esta vía es una mezcla racial con elemento no andino. En efecto, en muchas partes de la zona altiplánica, principalmente en las de habla aymara, hay fuertes núcleos de población de una estatura mucho más alta que el común de los mongoloides andinos; en general esta talla es superior a 1.70, llegando muchas veces a cerca de 1.80. A ello se añade un color algo más obscuro, más achocolatado, y una braquicefalia fuerte pero distinta en su forma de la común andina, pues el cráneo es fuertemente alargado hacia arriba y la cara es larga. Para darse mejor cuenta de esta diferencia podemos comparar a los andinos comunes con los alpinos de Europa y a este otro elemento con los dináricos, pues ambos pueblos son braquicéfalos pero profundamente distintos entre sí.

Hay también otros dos grupos raciales a los cuales no sé qué origen atribuirles; los dos son propios de las zonas arqueológicas de las cercanías

de penetración y por los elementos aportados, pero más o menos relacionados entre sí por su origen. Cada una de estas corrientes se compondría de pueblos de cultura totémica y matriarcal de la azada, más o menos mezclados entre sí, y enormemente elevados por la intrusión de elementos de la cultura señorial y de los Grandes Estados, lo cual habría dado como resultado un estado cultural equivalente al eneolítico de Europa.

Ello no implica, empero, que en las regiones andinas de Bolivia no hubiera habido antes pueblos de las culturas totémica o matriarcal de la azada; nada se opone a ello aunque tampoco nada lo propone, pero éste es un punto que hasta el momento permanece sin ningún estudio. De lo único que se puede responder ampliamente es de la existencia anterior de pueblos de raza y cultura fueguina, que habitaban las costas del Pacífico y la zona lacustre de la altiplanicie boliviana.

De las dos corrientes culturales citadas anteriormente, la primera tiene una neta procedencia centroamericana y se extiende por toda la costa del Perú entrando luego a la altiplanicie de Bolivia, de donde corre extensamente hacia el Norte argentino, lo mismo que por las costas de Chile. Lingüísticamente sólo puedo adjuntar a esta corriente la lengua yunga de la costa peruana al Norte de Lima, la cual en su numeración se caracteriza por la existencia de varias docenas de partículas numerativas, las cuales se sufijan a los numerales y sirven para contar las diversas cosas, que se hallan todas rigurosamente distribuídas en clases y que sólo con esas partículas se pueden contar. Esta característica es propia de las lenguas centroamericanas, entre las que el maya posee más de ochenta de estos numerativos, y es de indudable procedencia oceánica, ya que en Micronesia hay lenguas con las mismas características. Otro grupo con los mismos numerativos existe en la Columbia inglesa y también es de procedencia oceánica.

En los elementos materiales esta corriente aporta la fundición de los metales, la arquitectura en piedra, las deformaciones de la oreja, etc.; en la cerámica se caracterizaría por sus formas más variadas y la representación, en el mismo vaso, de figuras humanas y animales, y pintura sobre los mismos, con formas elevadas de representaciones naturales, por más que a veces estén fuertemente influenciadas por la forma geométrica.

La segunda corriente tiene su origen cultural en Colombia o en las culturas que hoy hallamos en Colombia, y que también son de procedencia centroamericana. Su camino de introducción a Bolivia es, siguiendo la zona oriental de la cordillera andina, las zonas bajas del Alto Amazonas; por la zona del departamento de La Paz se introduce en el Altiplano y recorriéndolo totalmente llega también a la región Noroeste argentina, Probablemente también tiene varias penetraciones en la zona de la cordillera peruana, dando origen así a los elementos amazónicos que se hallan en la sierra del Perú.

Esta corriente cultural no ha sido estudiada hasta el momento, que yo sepa, por ningún otro investigador. Los primeros indicios de ella fueron obtenidos por mí al estudiar las numeraciones de los pueblos del Alto Amazonas y del Norte de Bolivia, las cuales eran indiscutiblemente de origen colombiano, lo mismo que una importante característica de la fonética de estas lenguas, pero entonces creí que esta corriente colombiana se detenía al pie de la cordillera. Posteriormente fuí encontrando en el Altiplano de Bolivia numerosos elementos culturales que no tuvieron explicación más que asignándolos a la misma corriente, y lo mismo, influencias lingüísticas colombianas en la kolla.

Las características de la numeración colombiana se manifiestan principalmente en la lengua leca del oriente boliviano, la cual forma los números siete, ocho y nueve, por medio de las frases "diez menos tres", "diez menos dos" y "diez menos uno", respectivamente. Esta forma numeral existe en Suramérica solamente en Colombia y es, por lo tanto, elemental asignarle tal origen. Este sistema, sin embargo, no se halla más que en unas pocas lenguas de esta corriente; en cambio, es más general la existencia de las clases numerales pero en número mucho más reducido que en Centroamérica; generalmente no pasan de dos, y sólo para los dos primeros numerales. Tal forma se encuentra inclusive en el aymara, que dice *maya* o *maa* para decir uno, y *paya* o *paa* para decir dos.

En cuanto a la característica fonética referida más arriba ella consiste en que la construcción de las sílabas de todas las palabras de la lengua, es sumamente simple, ya que sólo puede constar de dos elementos, una consonante y una vocal, siempre dispuestas en este orden y sin que exista nunca la forma invertida de vocal-consonante ni menos consonante-

vocal-consonante. Esta característica la poseen las lenguas: *huitoto* del oriente ecuatoriano y colombiano, el *cazinahua* del grupo pano, las lenguas *takana* del Norte de La Paz, etc., y ejerce una gran influencia en el aymara de modo de no permitirle consonantes finales; así, a las palabras quichuas adoptadas por el aymara se les añade siempre una vocal, por ejemplo: *cuntur* (cóndor) de la que hacen *cunturi*, *pachac* (cien) de la que hacen *pataca* (con más la transformación también común de la *ch* en *t*), y lo mismo ocurre con las palabras castellanas tomadas por el aymara: de Dios hacen *Diosa*, de papel *papela*, etc.

Lenguas de sílabas simples existen en Colombia, América Central, Centro y Sur de México (otomí, zapoteca(mixteca, chorotega, etc.) y la Florida (timukua). Para mí, todas estas lenguas son de un origen oceánico premalayo-polinesio y correspondientes a una cultura no mayor que la totémica, que elevada por influencias de las culturas del arco y señorial se traslada a América alcanzando una relativa importancia por su desarrollo. Su numeración original es bi-quinaria, o sea: *uno*, *dos*, *dos y uno* (3), *dos-dos* (4), *una mano* (5), *dos manos* (10), etc. En este estado se hallan la mayoría de las lenguas de la corriente colombiana y lo mismo el aymara o kolla si le sacamos las palabras numerales quichuas que tiene adoptadas, pues sólo le quedarían el uno, *maya*, el dos, *paya*, y el cuatro, *pusi*.

Resumiendo todo esto creo hallarme ante una corriente cultural comparable a la que llevó la cultura andina colombiana, a través de Venezuela y las Guayanas, hasta Marajó. Esta corriente tomó numerosos elementos amazónicos en su camino y luego los introdujo profundamente en la zona andina boliviana, y creo también que en la Sierra del Perú, cuyos investigadores insisten siempre en hablar de elementos culturales amazónicos en la base de las antiguas culturas de su país.

Los elementos culturales que traería esta corriente son numerosos y lo serán más cuando se los pueda separar mejor de los de la otra corriente. En la cerámica se caracteriza por las formas simplistas de los vasos, los cuales no presentan figuras humanas ni animales en su conformación; la pintura de ellos es igualmente sin representaciones naturalistas, dominada profundamente por las líneas geométricas. En una palabra, es una cerámica, más de tipo amazónico que andino.

De los otros elementos materiales traídos por esta corriente cabe mencionar, en primer lugar, la cerbatana, usada aún hoy por varios pueblos aymaras; creo que la deformación craneana occipital oblicua; el tembetá, que se encuentra hasta en las capas más profundas de Tiahuanaco, y que, a raíz de los estudios practicados allí por el señor Maks Portugal, ha sido asignado a esta corriente, en tanto que antes había sobre él la peregrina ocurrencia de que proviniese de restos de chiriguano llevados como esclavos a trabajar en Tiahuanaco. Esto está desmentido no sólo por su hallazgo en tumbas de personajes, sino también por el recientísimo contacto de los chiriguano con los pueblos andinos.

Otro elemento cultural importantísimo que creo que puede haber sido traído por esta corriente cultural es la escritura jeroglífica, redescubierta por mí, en uso actual en todo el altiplano de Bolivia, Norte argentino y gran parte del Perú; ella se halla íntimamente relacionada con la de los cunas de Panamá y, según informes, no confirmados hasta el momento, algunas tribus panos usarían escritos similares sobre cuero, y los tacanas los escritos en arcilla. Nada de esto último he podido confirmar hasta el momento, pero siempre es más creíble esta vía de entrada para la escritura que la de la costa del Pacífico, pues hasta el momento ningún escrito ha aparecido en las ruinas de la costa peruana ni hay noticias de la existencia actual de esta escritura en ella.

Otro elemento importante que parece haberse introducido por esta vía es una mezcla racial con elemento no andino. En efecto, en muchas partes de la zona altiplánica, principalmente en las de habla aymara, hay fuertes núcleos de población de una estatura mucho más alta que el común de los mongoloides andinos; en general esta talla es superior a 1.70, llegando muchas veces a cerca de 1.80. A ello se añade un color algo más oscuro, más achocolatado, y una braquicefalia fuerte pero distinta en su forma de la común andina, pues el cráneo es fuertemente alargado hacia arriba y la cara es larga. Para darse mejor cuenta de esta diferencia podemos comparar a los andinos comunes con los alpinos de Europa y a este otro elemento con los dináricos, pues ambos pueblos son braquicéfalos pero profundamente distintos entre sí.

Hay también otros dos grupos raciales a los cuales no sé qué origen atribuirles; los dos son propios de las zonas arqueológicas de las cercanías

de Potosí y los describo más adelante al tratar las culturas yura y cultura A.

En cuanto a la antigüedad relativa entre ambas corrientes culturales nada he podido averiguar hasta el momento. Creo para ambas una antigüedad equivalente a la Era Cristiana o poco anterior, pues la presencia en ambas de elementos de la cultura señorial no permite asignarles mayor antigüedad.

Ya en territorio andino de Bolivia ambas corrientes culturales se han mezclado intensamente, lo cual no obsta para que en unos sitios predomine una u otra, tanto racial como culturalmente.

De ello provienen los numerosos pueblos indígenas del Altiplano de Bolivia, de muchos de los cuales existen inclusive sus nombres históricos, y a los cuales iré pasando revista.

Dos núcleos principales se forman hoy con los indígenas de la zona andina boliviana: los kollas o aymaras y los quichuas, atendiéndose exclusivamente a la lengua que hablan. Esta división ya he expresado que es errónea, pues en Bolivia no hay quichuas, salvo tal vez algunos pocos provenientes de mitimaes incaicos; todos éstos son pueblos que han aprendido el quichua y habitan en forma casi exclusiva en los departamentos de Potosí, Chuquisaca y Cochabamba, no faltando algunos núcleos en plena zona aymara, como ser la provincia Muñecas, de La Paz. Inversamente hay núcleos de habla aymara en territorios quichuas, como ser Llica y Urmiri en Potosí.

También creo que un gran número de los pueblos que hoy hablan aymara no son originariamente aymaras, sino que son pueblos que lo han aprendido, como ha ocurrido en forma indiscutible con los puquinas.

El número de esta población indígena puede ser calculado en cerca de dos millones sobre unos tres y medio que posee el país; de ellos algo más de la mitad habla el quichua. Pero estas cifras no se deben de tomar como representativas de las existentes en el momento de la conquista; sobre los datos de los censos de los españoles de fines del siglo XVI calculo que la población indígena de todo el territorio andino de Bolivia, en el momento de la conquista, pasaría muy poco de los trescientos mil, repartidos más o menos en la forma actual, o sea algo menos de la mitad, formada por pueblos de habla aymara y el resto ya más o menos quichuizado.

Esto tiene mucha importancia para no sobrevalorar el número de las poblaciones indígenas de Bolivia suponiendo una población exagerada y un Imperio Tiahuanacota con millones de habitantes. Las más poderosas de las naciones indígenas bolivianas, cuando la conquista incaica, no tendrían más de tres o cuatro docenas de miles de habitantes.

Cuando la conquista incaica, el territorio boliviano estaba habitado por multitud de tribus cuyos nombres han dejado, al menos fragmentariamente, los cronistas. Ningún trabajo se ha hecho sobre ello, que yo sepa, ni en Bolivia ni en el extranjero, pues, como ya he dicho, el concepto de que Tiahuanaco es todo en Bolivia ha impedido y ha desviado el interés por los pueblos protohistóricos.

La misma unidad de los pueblos aymaras se encuentra desvirtuada por la conquista incaica; los incas encontraron a los aymaras divididos en multitud de tribus, en guerra continua entre sí, y los fueron conquistando, poco a poco, unos por la violencia y otros por la persuasión. Las principales de estas tribus eran las de los *pacajes*, *lupacas*, *suca-sucas* o *sica-sicas*, *laricajas*, *umasuyus*, *carancas*, *yuncas*, *callahuayas*, etc., muchas de las cuales han dado sus nombres a las actuales provincias de los departamentos de La Paz y Oruro.

Entre las poblaciones no aymaras de Bolivia se distinguen históricamente los *quillacas*, que habitaban al Sur del lago Poopo en Oruro, los *aullagas*, que habitaban la margen derecha del mismo lago; los *atacameños* o *lópez* de Potosí, que pasan a la Argentina y Chile; los *chichas*, que habitaban las dos provincias de su nombre en Potosí y pasaban a Tarija y la provincia de Cinti en Chuquisaca, constituyendo las divisiones de los churumatas y tomatas, y que igualmente pasan un poco la frontera argentina. Más al Norte estaban los *charcas*, que han dado su nombre a la capital de la República; igualmente los *chayantas* en la provincia de su nombre en Potosí; los *tominas* en la provincia Tomina en Chuquisaca; los *yamparaes* en Chuquisaca; los *uruquillas* en Potosí y Cinti; los *yuras*, que se extienden desde Uyuni hasta cerca de la ciudad de Potosí; los *canatas* en la zona de la ciudad de Cochabamba; los *tapacarís* al Sur de la misma; los *poconas* en la provincia de su nombre en Cochabamba; los *kauris* y los *iskauris* en la misma Cochabamba. Los *puquinas* en la zona del lago Titicaca y finalmente los *urus* y *chipayas* en la zona lacustre altiplánica.

Esta es una lista muy incompleta de las poblaciones nativas de Bolivia, y creo que han de faltar no menos de una docena más; además, por ejemplo, todavía no he podido averiguar los posibles habitantes de más de una región en donde han aparecido restos arqueológicos, como ocurre con los de las excavaciones que he realizado en la finca Cayara, a cinco leguas de la ciudad de Potosí, y que he denominado provisionalmente *Cultura A*.

De todos estos pueblos no aymaras los atacameños, los chichas, los puquinas, los chipayas y los urus, tenían cada uno su lengua propia, totalmente distinta tanto del quichua como del aymara; de estas cinco lenguas sólo las dos últimas se conservan habladas por unas pocas docenas de individuos. Las demás naciones debían tener también sus lenguas propias, ya desaparecidas o casi desaparecidas cuando la conquista española.

Todas estas naciones debieron tener su origen, a través de muchas vicisitudes y cambios, en los pueblos provenientes de las dos corrientes culturales citadas; tal vez con integración de elementos autóctonos anteriores, los cuales, sin embargo, por su menor desarrollo, serían más bien asimilados como pueblo.

Elementos antiguos de estos pueblos no se pueden señalar casi, pues salvo en Tiahuanaco no se han hecho, prácticamente, estudios en el territorio boliviano, y aún para Tiahuanaco es aventurado señalar objetos que provengan de sus primeras épocas, por la forma totalmente inorgánica en que se han hecho los trabajos en el mismo. El profesor Posnansky ha establecido una serie de varias épocas de Tiahuanaco, lo cual juzgo enteramente arbitrario, pues se basa sólo en los restos arquitectónicos sin señalar para nada las diferencias en la cerámica y el trabajo en metal y en piedra, que necesariamente tendrían que haber sido distintos en cada una de esas épocas.

Para las épocas más recientes, es decir, para la época inmediatamente preincaica e incaica de las tribus antes citadas, ya se pueden señalar muchas otras cosas y diferenciar las ruinas de unas de otras con bastante seguridad.

Empezando por el Sur para mayor facilidad de exposición, la arqueología de los *chichas* y *atacameños* es ya bastante conocida, no por estudios realizados en Bolivia sino por el hecho de que ambas pasan a los países vecinos. Los restos culturales de los atacameños en Chile denotan

una importante influencia de Tiahuanaco, que sucede a una época anterior de desarrollo indígena; pero en la Argentina los atacameños han mantenido en general las condiciones de vida más primitivas de su pueblo. En cuanto al territorio atacameño de las dos provincias Lízpez, de Potosí, nada se puede decir hasta el momento, pues no tengo noticias de ningún trabajo realizado en ellas, no habiendo en ninguno de los museos de La Paz una sola pieza de esa procedencia.

Sobre los *chichas* se está casi en las mismas condiciones. La cerámica chicha denota un pueblo culturalmente independiente en su desarrollo, pero es muy poco más lo que se puede decir; de los pueblos chichas, de los tomatas y churumatas, he visto muchas piezas en mi viaje a Tarija y lo mismo ruinas de sus pueblos; se nota en ellas un alto desarrollo de la talla en piedra, destacándose en forma notable un hermoso vaso globular en piedra negra con grabados geométricos en bajorrelieve que he visto en la colección del señor Zambrana en Concepción, Tarija. Un hacha de bronce posee el señor Strocco en Tarija, y un pequeño trozo de oro que halló el mismo en una excursión que realizamos juntos a las ruinas del Saire, demuestran el uso del metal por esos pueblos; igualmente en Concepción he hallado los fondos de los hornos de fundición indígenas llamados *huairachinas*. Un solo vaso tarijeño que he visto denota una lejana influencia de Tiahuanaco, que creo más bien introducida por las relaciones que los chichas mantenían con los atacameños.

Los *yuras*, que se extienden sobre los chichas hasta la ciudad de Potosí, mantienen en todo una absoluta independencia con Tiahuanaco. En el Museo Nacional de La Paz había unos cuantos vasos procedentes de Potosí, sin que prácticamente se supiera nada de su procedencia; en compañía del señor Maks Portugal, ex director del Museo Nacional, realicé excavaciones en su territorio y han aparecido valiosas piezas. Su cerámica es bastante pobre, con pinturas geométricas siempre en negro; hay un interesante tipo de vasos funerarios "campaniformes", cuanto más de 20 centímetros de alto.

Sólo un pequeño prendedor de bronce he hallado en su territorio, pero ya es lo bastante para mostrar su conocimiento del metal. Las piedras de boleadoras son muy abundantes, aún las de hierro meteorítico o de simple hierro de veta, naturalmente sin fundir, siempre son sin surco;

en los cementerios encontré varios vasitos dobles de cerámica, de tamaño como copitas de anís, que creo que han podido servir para absorber alguna droga por la nariz. Faltan totalmente las puntas de flecha.

Los cráneos presentan siempre la deformación occipital oblicua y dolicocefalia; los huesos largos denotan tratarse de individuos de alta estatura. En el cementerio de la finca Cayara los restos estaban enterrados hasta de a seis, en hoyos en unas dunas, la posición siempre era encogida y el ajuar funerario abundante; en cambio en la zona de la estación Yura las tumbas estaban contra las rocas, aprovechando la protección de las salientes superiores, y hechas en forma de un medio horno con techo en falsa bóveda. Todas las tumbas estaban saqueadas, pero había abundantes muestras de tejidos en muy buen estado de conservación. En la misma región hay restos arqueológicos de lo que parece ser un campo religioso, y en él tres casitas cuadrangulares aún enteras con techo de piedra en falsa bóveda.

La llamada por mí "*Cultura A*", provisionalmente, por oposición a la cultura *B*, que luego fué identificada con los yuras, se extiende al Norte de éstos y tampoco tiene ninguna influencia de Tiahuanaco. Nada se sabía de ella antes de mis trabajos, hechos primero en compañía del señor Maks Portugal y posteriormente en compañía del prof. Pedro Vignale. Su cerámica es más pobre que la anterior, por más que tiene pinturas en colores, las cuales son siempre lineales y sencillísimas; hay estancias antiguas indígenas y otras que han estado bajo el dominio incaico. Hemos encontrado prendedores de bronce y dos laminitas de plata, e igualmente los fondos de los hornos de fundición. Abundan las boleadoras, que en una colección de doce, nueve son de hierro, siempre sin sureo; en cambio faltan las puntas de flecha; en la cerámica hay un interesante tipo de jarrita con pie, que también se encuentra entre los yuras; también se hallaron morteritos de piedra. En Cayara hay "tornos" de piedra sumamente primitivos, y en la vecina finca de Totorá aún se los usa actualmente, pero hechos de cerámica; los mismos vasitos dobles de los yuras, etc. Los cráneos presentan algunas veces una débil deformación occipital erecta y la estatura de los individuos es bastante menor que la de los yuras; es típica la dolicocefalia y un cierto prognatismo. Un cráneo hallado en la finca Totorá es absolutamente prognato, dolicocefalo, e indudablemente

de negro. Los cementerios se hallan en las laderas de los montes y unas veces consisten en un óvalo o cuadrado de grandes piedras de un tamaño total que no pasa de dos metros, y otras en una cista o especie de hornito con techo en falsa bóveda, en su interior se encuentran restos de varios individuos y cerámica ordinaria de uso doméstico. Las ruinas de las poblaciones, siempre casitas cuadrangulares y con patio, se encuentran en sitios elevados. Las ruinas de una población en la hacienda Rosario, a cinco leguas de Potosí, cubre irregularmente una superficie de media docena de hectáreas.

En la hacienda Mondragón, a seis leguas de Potosí, hay una enorme roca aislada, a la cual no se puede subir; en su cima se ven, desde lejos, ruinas y dos círculos irregulares de piedras grandes con una piedra en el centro. Parecen ser una forma primitiva del Kalasasaya de Tiahuanaco, y que por su posición corresponderían a la cultura A. En la hacienda Rosario parece haber también otros dos, uno frente al otro y cuadrangulares, hechos de piedras labradas, pero todo está cubierto de una espesísima capa de arena y no asoman más que dos paredes. En Titora y Tarapaya hay, en cada una, un grupo de tres casitas orientadas a la salida del sol, con techo en falsa bóveda, y que parecen ser edificios religiosos.

En el valle de San Lucas, que corresponde a la cultura de los *uruqui-llas*, contiene restos de una docena de poblaciones, y también una cerámica totalmente distinta de la de Tiahuanaco. Frente a la escuela indígenal de Yacusiri están las ruinas de un pueblo en el cual hay, en bastante buen estado de conservación, las ruinas de un templo cuadrangular que mide 13,20 por 8,44 metros, dividido en su interior en cuatro habitaciones, y a sus lados existen los restos de siete torrecillas circulares; a poca distancia hay un canchón de pirca con cerca de medio metro de restos humanos calcinados, demostrando que en tal sitio se practicaba la incineración, pero en otros lugares de la misma cultura parece haber enterramiento y existen los mismos vasos "campaniformes" de los yuras.

Procedente de Otaví tiene el señor Maldonado Pacheco un hermoso eucillo de bronce de forma foliácea; en la cerámica predomina el color negro con adornos geométricos y muchos vasos son de una arcilla blanca-grisácea. Hay cuentas de conchas blancas y otras azules de piedra. Estas últimas también existen entre los chichas, y la cultura A. Finalmente hay

unos hermosos "tornos" de piedra de forma lenticular, y el mismo señor Maldonado tiene un vasito de cerámica totalmente cubierto de finas pinturas geométricas en colores, que es lo más hermoso que he visto de Potosí.

De los *charcas*, *tominaš* y *yamparaes* no he podido averiguar más que el nombre, por su existencia histórica; ni una pieza de estas regiones existe en los museos de La Paz; algunos historiadores consideran a los *chareas* como *aymaras*, lo cual me parece inexacto.

De los *quillacas* no sé, ni se sabe nada. Monseñor Abel Antezana, obispo de La Paz, me ha informado que cerca del pueblo Quillacas, al Sur del lago Poopo, existe un cerro cubierto de ruinas. Sin embargo, todavía nadie ha ido por allí.

De los *chayantas* he visto dos fragmentos de cerámica, sin pintura, pero con figuras humanas en relieve que formaban faja alrededor del vaso. Igualmente, un patito labrado en una piedra blanca, que puede compararse con ventaja con los mejores ejemplares de Tiahuanaco. Creo que más adelante esta cultura será relacionada con alguna época primitiva de los chimús de la costa peruana.

Del departamento de Cochabamba hay abundante material en el Museo Nacional y en el particular del coronel Federico Díez de Medina. En la forma de los vasos esta cerámica tiene una neta influencia de Tiahuanaco, pero en la pintura y técnica de su ejecución son casi siempre inferiores. Esta cerámica es generalmente llamada "Tiahuanaco decadente", por suponerse que corresponde a una época posterior al Tiahuanaco típico, pero en mi opinión nada tienen de "decadente", y se trataría simplemente de una influencia transitoria de la cultura de Tiahuanaco sobre un pueblo distinto, el cual después retomó su trayectoria de desarrollo independiente. Prueba de ello es que en Tiahuanaco no se halla nada parecido y que el Tiahuanaco típico subsiste aun bajo el dominio incaico.

Por falta de tiempo para el estudio de este material aun no he podido asignarlas ni provisionalmente a las tribus cochabambinas citadas, pero naturalmente no creo que sea típico de todas ellas sino sólo de alguna o algunas; hay también unos pocos vasos cochabambinos con pinturas geométricas que nada tienen que hacer con Tiahuanaco.

De los *ullagas* nada he podido averiguar. Maks Portugal ha traído hace poco de Oruro una hermosa colección de piedras talladas y pintadas.

que actualmente están en el Museo Nacional, y que tal vez correspondan a ellos. Algunas de ellas denotan una influencia del período de Huanané, del que trato más adelante.

Los *puquinas* habitaban conjuntamente con los aymaras la hoya del Titicaca, y a pesar de que algunos autores han querido asimilarlos lingüísticamente a los urus, nada han tenido que hacer con ellos, pero desgraciadamente de su arqueología nada puedo tampoco decir.

Los *urus* y *chipayas* son restos de antiguos pescadores fuéguidos que nunca han tenido mayor desarrollo ni importancia cultural en el Altiplano.

Sobre los pueblos no aymaras resta todavía hacer conocer un hecho curioso y es la existencia actual en la zona Sur del Titicaca, tanto entre los urus como los aymaras, de una numeración decimal que nada tiene que hacer con la numeración decimal común de estos pueblos (es enteramente distinta en sus palabras) y de la que nada se puede saber sobre su origen. Tampoco es puquina. Parecía ser el último resto de una lengua desaparecida sobre la que nada se sabe.

Tratando ahora de las tribus de habla aymara empezaré por los *carangas* de Oruro, pueblo que hoy habla aymara pero que no consta que lo fueran en su origen; de su arqueología no se sabe más que su territorio está lleno de los sepuleros habitación llamados *chullpas*. No hay piezas de esta procedencia en los museos.

Sobre el pueblo aymara o aymarizado de los *suca-suca* existen los mismos datos que sobre los *carangas*.

En *Sica-sica* empieza una interesantísima lengua de pueblos que llegan hasta cerca de la ciudad de Potosí y que se caracterizan por la existencia de casitas con techo cónico; se hallan mezclados con diversos pueblos todos los cuales tienen habitaciones con techo a dos aguas y planta cuadrangular. Nada he podido averiguar sobre ellos, ni si poseen restos arqueológicos especiales. Los españoles parecen haber llamado urus a todos los pueblos que tenían casitas redondas, sin fijarse en la profunda diferencia existente entre el techo cónico y el en media naranja, propio de los urus. De aquí han provenido muchos errores y el atribuir a los urus una mayor cultura de la que tenían.

Los *larecajas* o *laricajas* habitaban la provincia de su nombre y regiones vecinas. Su cerámica es absolutamente distinta de la de Tiahuanaco, a pesar de su relativa cercanía. Los vasos tienen multitud de formas distintas, pero sin representaciones humanas ni animales en los mismos, la pintura es geométrica, predominantemente en negro. Abundan las boleadoras, inclusive de bronce, las cuales tienen una anilla para la cuerda; igualmente los tupus de bronce. La existencia de numerosos topónimos que no tienen traducción en quechua ni en aymara en su territorio, me hace suponer que se trata de un pueblo aymarizado que antes hablaba una lengua distinta.

De los *umasuyus* es poco lo que sé. Varias piezas de cerámica procedentes del Norte de la provincia de Omasuyus son de estilo y pintura larecaja, pero en Pucarani, capital de la provincia Los Andes y, según creo, antiguo territorio umasuyu, existe un enorme cementerio indígena, preincaico e incaico, situado debajo y en los alrededores del cementerio actual. En una larga zanja que se había abierto para poner los cimientos de una pared, cuando mi visita a esos lugares, se había partido parte del cementerio y habían aparecido docenas de vasos de cerámica, todos los cuales habían sido destruidos por los excavadores. En esta cerámica, junto con los trozos que denotaban el dominio incaico, aparecían otros con pinturas geométricas en colores, completamente distintos de todo lo incaico y también completamente distintos de Tiahuanaco.

En la misma zona conseguí varias boleadoras de bronce de procedencia regional.

De los *callahuayas*, que habitan al Norte de los larecajas, no he podido averiguar nada de su arqueología; se ha pretendido que además del quechua y del aymara hablan otra lengua propia distinta, pero no lo he podido confirmar.

Los *yuncas* habitaban las dos provincias de su nombre en La Paz. En Coroico conseguí cerca de treinta piezas que habían sido halladas casualmente en los sembrados de coca; hachas de piedra con aletas posteriores (que eran usadas como pesas por las vendedoras del mercado), dos hachas de bronce hermosísimas, un cuchillo de bronce incaico y varias boleadoras con sureo. Obtuve datos de varias ruinas existentes en la región, pero no pude visitar ninguna.

Los aymaras *lupacas* habitaban principalmente el departamento de Puno, en el Perú, e ignoro si pasaban algo al territorio boliviano. Los *lupacas*, *pacajes* y *umasuyus* son los que figuran en la historia como las tribus propiamente aymaras.

Los hallazgos realizados en Puno, principalmente en la localidad de Pucara, corresponderían a los *lupacas*, y tienen relación inmediata con Huancané y no con Tiahuanaco.

Quedan únicamente por tratar los *pacajes*, en cuyo territorio parece hallarse Tiahuanaco, y digo parece porque resulta casi imposible establecer los límites de estos pueblos. Igualmente, a cuatro leguas al Sur de Tiahuanaco se hallan las ruinas de Huancané, estudiadas hace cuatro años por Maks Portugal, sitio importantísimo que corresponde a un Tiahuanaco primitivo, con representaciones humanas y animales más naturalmente representadas que las rígidas del Tiahuanaco típico.

De las demás regiones de los *pacajes* no se sabe mayormente nada. En Taraco, hace poco, Portugal y la señora Bustamante de Urioste hicieron excavaciones y apareció el Tiahuanaco Típico, pero también otra cerámica distinta que tal vez corresponda a una influencia *umasuyu*.

De acuerdo a los resultados de los trabajos hechos por Maks Portugal en Huancané y mis trabajos posteriores sobre ellos, habría que considerar en la región del Sur del Titicaca tres períodos completamente distintos de cultura, que serían los siguientes: 1º) Período de Huancané, que corresponde al Tiahuanaco primitivo de otros autores; 2º) Período de Tiahuanaco, que es el tiahuanaco típico o común con el mismo estilo del anterior pero geometrizado en vez de naturalista; 3º) Período incaico, que sucede inmediatamente al anterior.

Sobre los probables constructores de Huancané y Tiahuanaco, y sólo a título de hipótesis provisional, creo posible que los constructores de Huancané hayan sido los *lupacas* por el hecho de que la cultura de Pucara correspondería a ellos, y que los constructores de Tiahuanaco fueran los *pacajes*. El primer período no habría ciertamente desaparecido con la desaparición de Huancané, sino que puede haber durado en sus formas culturales inclusive hasta más allá de la conquista incaica, y esto tanto en Puno como en Oruro; igualmente Tiahuanaco persiste bajo la conquista

ineaica, pues la cerámica pura de Tiahuanaco se halla mezclada con la ineaica en muchas regiones.

En resumen, en la arqueología boliviana, como en la argentina, no hallamos nada parecido a una unidad cultural, y sí, en cambio, multitud de pueblos pequeños, cada uno de los cuales tiene un proceso de desarrollo independiente, dentro siempre de una organización social de tipo señorial y con elementos culturales que corresponden aproximadamente al eneolítico europeo, iniciándose la edad de bronce con la conquista ineaica. En cerámica el trabajo es pobre, sin lustre o pulido; Tiahuanaco no es más que uno de estos pueblos, que, por una nueva influencia exterior realizada indudablemente en el período de Huancané, y que correspondería a la cultura de los Grandes Estados, alcanza un mucho mayor desarrollo, especialmente en la cerámica con un notable pulimento mate, y tiene expansiones, más culturales que políticas, inclusive a gran distancia, como en el caso de los atacameños. Finalmente, poco antes de la conquista ineaica, la ciudad es destruída, posiblemente en guerra con otra tribu aymara vecina, pero la cultura persiste y es conquistada por los incas, con cuyos productos culturales aparece mezclada, evidenciando la persistencia de la cultura de Tiahuanaco bajo el dominio ineaico.